

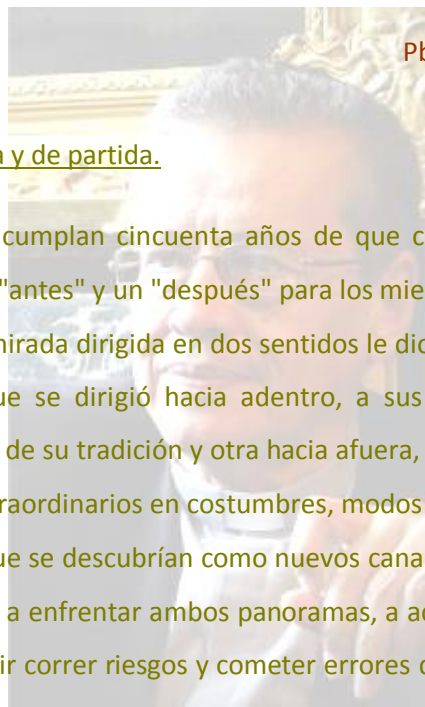


manuel olimón nolasco

historiador

"EL MUNDO TIENE NECESIDAD DE LA BELLEZA..."

--Reflexiones sobre el arte y su vocación evangelizadora--¹



Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

1.- El Concilio, punto de llegada y de partida.

No falta mucho para que se cumplan cincuenta años de que concluyó el Concilio Vaticano II, acontecimiento que señaló un "antes" y un "después" para los miembros de la Iglesia católica en el mundo contemporáneo. Una mirada dirigida en dos sentidos le dio un dinamismo extraordinario a esa reunión ecuménica: la que se dirigió hacia adentro, a sus insistencias, sus posturas, sus resistencias, al inmenso tesoro de su tradición y otra hacia afuera, a lo que pasaba en el mundo de los hombres, a los cambios extraordinarios en costumbres, modos de vida y valoraciones así como a las posibilidades inmensas que se descubrían como nuevos canales de evangelización. Había, sin embargo, que perder el miedo a enfrentar ambos panoramas, a aceptarlos como retos y no como obstáculos o barreras, a preferir correr riesgos y cometer errores que encerrarse a manera de una secta que guarda misterios tan insondables que se quedan escondidos en un cofre con llave.

Ya en los años de la inmediata posguerra el Papa Pío XII, sensible como pocos a los ritmos del pulso del mundo que se transformaba, captó el aumento de la distancia y casi el divorcio que existía entre el ámbito del arte y las manifestaciones culturales ligadas a la literatura, el teatro, la poesía, el cine y la apenas incipiente comunicación masiva y el mensaje que la Iglesia guardaba en su corazón y tenía que expresarse. Es cierto que sobre todo en el ámbito del renacimiento literario francés estaba presente la línea católica de Bernanos y Claudel que pusieron en el centro la "sangrienta flor del cristianismo" y los contrastes en el corazón humano del pecado y la gracia

¹ Para la revista *Vida Pastoral* octubre 2015.

divina, pero el color dominante no era el de la esperanza cristiana sino el pesimismo existencialista de Camus, Gide o Sartre. La pesadumbre anidada en el espíritu humano por el pesado trauma de la guerra requería frescura de puertas abiertas y una nueva primavera después de tan largo invierno.

Pío XII fue consciente de la necesidad de que hubiera espacios de diálogo en el terreno de la cultura y apoyó con discreción pero decididamente tanto el estudio y la investigación bíblicas y patristicas como la experimentación litúrgica, llevada adelante sobre todo en monasterios benedictinos. De igual manera siguió de cerca el movimiento para llevar el arte moderno a los espacios del culto y la oración. En la actualidad casi nadie conoce la labor inspirada y paciente del dominico Padre Couturier, su taller, sus propuestas audaces de espacios modernos que no dejaban de ser sagrados y sus diálogos con los artistas, entre los que tiene un lugar especial la cercanía con Henri Matisse y el encuentro de su colorido festivo, luminoso y cercano al esplendor de la naturaleza llevado a plenitud en el diseño integral de la capilla de las religiosas dominicas en Vence en la costa del Sur de Francia. El escándalo de Picasso ante el proyecto de esa obra--¡cómo es posible que un artista contemporáneo se meta a hacer obra religiosa!--se transformó en admiración cuando estuvo terminada. He escuchado incluso el rumor de que Pío XII usó más de una vez las novedosas casullas, vibrantes en sus signos de fiesta, que Matisse diseñó especialmente para la citada capilla. ¿Qué acaso la liturgia no es una fiesta y la Resurrección de Cristo la mayor de las alegrías para la humanidad? Si la vida litúrgica no salía de las sombras no estaría lejos el eclipse de la religión viva.

Si el movimiento hacia un nuevo encuentro con el mundo del arte de los años que menciono es poco conocido, menos aún son los esfuerzos de ver el arte contemporáneo sin los persistentes anteojos oscuros del barroco y los aún más oscuros del mal gusto y el desviado utilitarismo y la falsa monumentalidad de las imágenes de bulto hechas en serie y el cemento armado de las iglesias construidas en nuestro país en esa época. Hablando de México, no puede hacerse a un lado la intuición del cardenal Miranda y del Padre Manuel Ponce al dar forma a la Comisión Nacional de Arte Sacro que en sus líneas fundadoras había de servir más a la tarea de crear espacios acordes a la sensibilidad moderna que al rescate y puesta en valor del patrimonio y, desde luego, la labor singular y casi solitaria de don Gabriel Chávez de la Mora, monje y arquitecto, cuya vida y obra son un regalo de la Providencia a un pueblo castigado por la fealdad circundante a causa de la asfixiante y burda explosión urbana.

En México, pues, no hubo sordera a lo que se venía gestando en Europa y el Concilio no cayó en tierra estéril en la materia que en estas líneas tocamos. Y no quiero perder la oportunidad de destacar el hallazgo de una joya: un artículo del jesuita Felipe Pardinas escrito en 1943 en la revista "Montezuma" titulado "Función educadora del arte", en el que dialogó con el Padre Couturier y el artista Ángel Zárraga, autor de los frescos de la catedral de Monterrey y del arte secretamente religioso de la casa de la embajada mexicana en París, de una manera reflexiva y propositiva. Para él la situación de la distancia entre los artistas y la religión era también distancia entre los artistas y el pueblo, pues "[...]el arte antiguo aunque siempre aristocrático, no sólo era más religioso porque la fe era el ambiente de la vida social, sino también porque era más popular, brotaba más del pueblo...era más comprendido; el artista era un hombre de la calle y hablaba el lenguaje del pueblo". Por consiguiente, el reto era volver a ligar la sensibilidad más interior de los pueblos con la expresión peculiar del artista, ser humano que siendo portador de un don de percepción y comunicación especial, podría ofrecer al modo de antorcha encendida, la luz reconfortante de la belleza al espíritu humano.

2.- La belleza, necesidad y derecho humano.

Por ese camino se dirigió el Concilio. La tarde del 8 de diciembre de 1965 en la plaza de San Pedro se leyeron mensajes a diferentes grupos de personas. El cardenal Suenens, primado de Bélgica, leyó el correspondiente a los artistas: "A quienes están prendados de la belleza y que trabajan por ella; poetas y gentes de letras, pintores, escultores, arquitectos, músicos, hombres de teatro y cineastas...la Iglesia del Concilio dice por nuestra voz: Si son amigos del arte verdadero, son nuestros amigos..." Y después de evocar lo que en el pasado ha significado para la comunidad cristiana la alianza con el arte, enunció el núcleo programático que, en realidad, es programa de vida para todo miembro de la humanidad: "Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, siembra la alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la erosión del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración..."

La belleza es, pues, una necesidad humana. Como el agua cristalina, como la comida sana y nutritiva, como el diálogo, como el afecto, como la comprensión, como el legado de la cultura. Es, aunque no esté formulado en declaraciones o proclamas, un *derecho humano*. De alguna manera la reciente encíclica del Papa Francisco sobre "nuestra casa común" lo expresa: el deterioro de la naturaleza, los montones de basura, el secuestro por unos cuantos de las playas y los sitios

visualmente hermosos, la fealdad que galopa por las calles de las ciudades y el crecimiento desorganizado de barrios grises y amorfos, claman por la belleza, antídoto de la desesperanza, de la frustración y los sentimientos deprimentes. ¡Cómo hace falta sembrar la alegría en el corazón!

La belleza se toma de la mano con la *verdad* que amplía horizontes y libera, pues "la verdad nos hace libres". Se potencia una unión misteriosa con la herencia de siglos y milenios que le ha dado resistencia a nuestros antepasados ante las adversidades de una vida nada fácil en el mundo creado *bueno* por Dios pero dañado por el pecado. Esa liga interior es *la admiración*, realidad vital que es más que emoción o sentimiento, que es algo así como la llave que abre la fuente de la eterna juventud, tan buscada por todos los pueblos y civilizaciones.

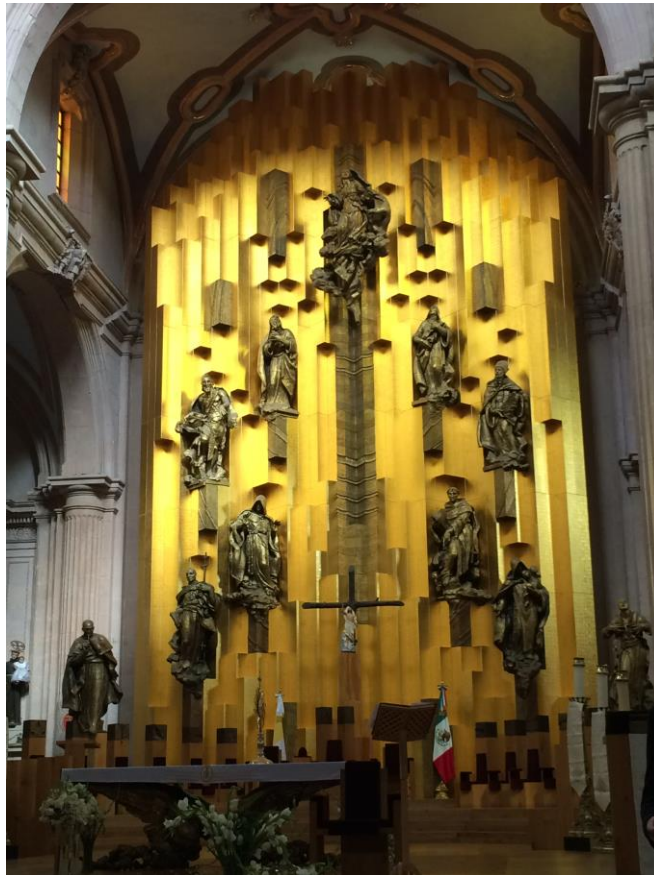
La belleza, pues, rejuvenece, da vigor e impulso, razones para vivir, para fraternizar y para empeñarse en mejorar la "casa común".

3.- La belleza, un bien para todos.

El arte, desde luego, es una forma de percibir y comunicar la belleza, no la única ni la que se encuentra en todas partes de modo explícito. El artista es alguien que goza de un privilegio que no se da en abundancia. Pero precisamente por eso ha de poner su don al servicio de los demás y no encerrarse en ese privilegio. La obra de arte es un *bien común* y su privatización una pérdida. De ahí que sea tan importante rescatar y darle lugar en espacios públicos --y los templos, no sólo los museos, son esencialmente espacios públicos--para goce y vínculo de comunicación con un Dios que no sólo nos ha dejado su paleta de colores para seguir pintando su creación, sino que al encarnarse en Jesucristo le ha dado rostro, manos y corazón humanos a la ternura divina.

Frente a ese ideal, no tengo necesidad de subrayar que el mal gusto, la ignorancia y el descuido han desterrado de templos y lugares eclesiales signos de belleza y los han convertido tantas veces en "salones de alquiler" para ceremonias apresuradas y palabras repetidas y comunes. Que la voz del Concilio y sus preciosas exhortaciones para hermanar de nuevo el arte a la liturgia y a la vida cotidiana es asignatura pendiente. Que el llamado de Párdinas de hace ¡72 años! a tomar en cuenta la "función educadora del arte" sigue vigente. Que en la formación de los pastores tiene poco lugar la sensibilidad y la mirada limpia al aprecio de la belleza y de modo particular hacia las tendencias contemporáneas de la cultura y el arte, distantes ya del gusto abigarrado y de dorados excesivos. Por otra parte, estoy consciente de que hay signos que se han puesto en nuestro ambiente mexicano y proyectos a realizar. Personalmente me alegro del retablo mayor de la

catedral de Zacatecas, obra del escultor Jorge Marín, rechazado todavía por quienes siguen pensando que el arte contemporáneo no puede estar en el recinto sacro.



Me alegro porque prevaleció la opinión que sostuve a su tiempo, avalado en los criterios del Concilio, de que la creatividad artística de cada época ha de preferirse a la imitación fría del pasado y que la comunicación emotiva de la creación artística actual es válida y educadora de las futuras generaciones.

Sólo invito a contemplar con calma la escultura del beato Miguel Agustín Pro, con el pecho inflamado a la manera de san Francisco Javier al pie de ese retablo. No es imitación ni profanidad, es comunicación de interior a interior, como ha de ser la auténtica comunicación religiosa que re-liga interioridades.

Ojalá aprendamos a abrir y a dejar abiertos los cauces de la belleza a la fuerza liberadora del Evangelio y su mensaje llegue no sólo a la inteligencia sino también al corazón de la humanidad de hoy y del mañana, tan necesitada de auténtica esperanza.

